

ISABEL STILWELL

DOS HERMANAS PARA UN REY




ESPASA

ISABEL STILWELL
DOS HERMANAS PARA UN REY

Traducción de Virginia López



PRIMERA PARTE

LAS TERCERÍAS DE MOURA

PRÍNCIPES Y REHENES
(1481-1484)

Moura, 4 de enero de 1481

A Manuel le gustaba salir a caballo en las mañanas heladas de cielo muy azul, como esta; le divertían las nubes de vaho blanco que le salían de la boca siempre que respiraba. Imaginaba aquellas partículas como notas en una partitura, transformadas en el sonido de una flauta o de un pífano. Desde pequeñito, todo lo que tenía a su alrededor lo traducía en música e, incluso sin querer, los sentimientos y las emociones adquirían la forma de misas cantadas o de tambores de guerra; era muy difícil de explicar lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos. Hacía mucho que había desistido de hablar de ello con otras personas, ni siquiera con su querida Justa, a quien le contaba casi todo. Hoy había salido a pasear con su madre, tal vez fuese el último paseo durante algún tiempo, porque dentro de unos días partiría para la corte de Castilla. Si al menos ella le regalase un halcón peregrino, podría aparentar mejor los once años que ya tenía, o incluso más, en lugar de parecer un niño que todavía necesitaba viajar acompañado de su ama. La duquesa insistía en que llevase a Justa Rodrigues en la comitiva, porque no confiaba su hijo a nadie más.

Protestó, pero, para ser honesto consigo mismo, tenía que admitir que lo hizo sin mucha convicción. La verdad es que no recordaba ningún momento de su vida en el que no estuviera ella. «Tampoco me extraña, me lo pusieron al pecho en cuanto nació», decía siempre el ama, aprovechando cada ocasión como un pretexto para volver a hablar de aquel 31 de mayo de 1469, día santo del Corpus Christi, en el que nació el niño en Alcochete. Un nacimiento milagroso, aseguraba, y él le pedía que le volviera a contar la historia, no se cansaba de escucharla. Ni Justa de contársela. La señora duquesa llevaba varios días de parto, con dolores insoportables, y los médicos no conseguían que avanzara, hasta que

la procesión del Corpus Christi pasó por la plaza, frente al palacio de San Juan, en Alcochete, y en el mismo momento en que levantaban la hostia al cielo, él llegó al mundo, sin ningún otro dolor. La elección del nombre del octavo hijo de los duques de Viseu y Beja dejaba claro el misterio de su nacimiento: Emmanuel, Dios está con nosotros.

Los hermanos se burlaban de él cada vez que su ama profetizaba grandes hazañas. Leonor, que se había casado muy joven con el príncipe Juan, heredero al trono, le daba papirotos en su nariz pecosa «para que los mimos no se le subieran a la cabeza», e Isabel, duquesa de Braganza, le recordaba constantemente el pecado de la vanidad. Para ser sincero, no entendía por qué sus hermanas creían que algo se le pudiera subir a la cabeza, sobre todo, cuando ya tenían un hermano con el temperamento de Diego, que más bien parecía uno de esos caballos pura sangre, siempre nervioso, que a la mínima frenaba de golpe con las patas delanteras, lanzando al caballero en vuelo picado directamente al suelo. Era tan diferente a su hermano mayor, que murió súbitamente de peste. «Habría sido mejor duque que tú», le soltó una vez, después de que su hermano le hubiera provocado, pero se arrepintió al momento, cuando Diego lo empujó contra la pared de dos puñetazos, y mucho se temía que no hubiera parado ahí si su hermano de leche, Juan Manuel, no hubiera venido a socorrerlo. En definitiva, la idea de estar unos años lejos de él, le animaba.

—Madre, me parece que no me va a importar marcharme a Castilla —dijo, al tiempo que envolvía sus palabras en una nube de vaho.

Beatriz acercó su silla de montar a la de su hijo para que pudieran escucharse mejor el uno al otro.

—La reina Isabel se resistía a que fueses tú en lugar de tu hermano. Me hizo prometerle junto con el príncipe que, si algo le sucede a Diego, que Dios lo guarde, tú serás el heredero legítimo del ducado. Isabel no quería recibir gato por liebre, pero parece que se ha conformado, al menos es lo que me dice el príncipe en la última carta que me envió. —Y, con un tono más autoritario, ordenó—: Manuel, di como excusa que Diego estaba enfermo, esa es la historia que tienes que contar, ¿me oyes? Juan no quiere dejarle que vaya, pero es importante que la reina Isabel no sospeche semejante cosa.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué mal hay en que Diego salga del reino? —Personalmente, no le parecía tan mala idea.

Su madre se encogió de hombros.

—Tu cuñado teme que establezca alianzas en su contra con los reyes de Castilla y Aragón. Ya sabes lo desconfiado que es.

No le dijo que tenía razones para ello. Ya había avisado a su hija Leonor para que no fuese corriendo a contar sus desgracias conyugales a su hermana y a su cuñado. Como preveía, Fernando, el austero duque de Braganza, no aguantó y quiso desempeñar el papel de cuñado mayor, atreviéndose a tirar de las orejas al heredero al trono, criticando su relación con Ana de Mendonça. Llegó incluso a sugerir que la dama de Juana fuese enclaustrada con su señora. Está claro que Juan reaccionó como esperaría que lo hiciera cualquier persona que lo conociera mínimamente: pidiéndole que se metiera en su vida, mientras, sibilamente, lo amenazó de que en breve lo pondría en su lugar. No se dejaría gobernar ni por la familia ni tampoco por los nobles, como había hecho su padre. Entre dientes, murmuraba frecuentemente que Alfonso V había descuidado tanto la riqueza de la Corona que él heredaría poco más que los caminos del reino. Fernando se había sentido humillado, y entendiendo de qué pasta estaba hecho aquel joven que en breve detentaría la Corona, tuvo la triste idea de quejarse a los reyes de Castilla. ¿Era este el hombre que Dios había elegido para ocupar el trono de Portugal? La duda quedaba perfectamente reflejada en todas las cartas que enviaba a su prima Isabel, monarca del reino vecino.

Lo peor era que también su hijo Diego había escuchado las quejas de su hermana y, con la impulsividad heredada de su padre, quería coger la espada para hacer justicia por su cuenta en defensa de la reina ultrajada, una hermana de salud frágil, insegura, pues era madre de un único hijo, a pesar de que ya llevaba largo tiempo de matrimonio con Juan. Los reprendió vehementemente, a Diego y a Fernando, pero ya era tarde. Los espías del príncipe Juan estaban por todas partes, eran los oídos de todas las paredes, hasta de los confesionarios, y no había correspondencia de la que no se enterasen. Sospechó de ello cuando llegó la prohibición real que impedía partir a Diego, duque de Viseu y Beja. Aun así, su hijo menor no necesitaba saber todo esto.

Manuel se cansó del silencio de su madre y, al tiempo que se enderezaba en la silla de montar, preguntó:

—Madre, ¿cuándo partiré?

Beatriz lo miró con dulzura. Era tan dócil este hijo suyo... Tal vez él presintiera que estaba agotada con los caprichos y berrinches, enfa-

dos y discusiones de toda esta gran familia que descendía de Juan I y que ahora le caía sobre los hombros; la respetaban por ser la mayor, pero también por su poder político.

Había hecho mucho por mantener la paz que le había costado tanto conseguir. La guerra de sucesión entre Portugal y Castilla, provocada por el desvarío guerrero del rey Alfonso V, había empobrecido al reino y enterrado a muchos hombres en la flor de la edad. Por fortuna, en aquella época, sus hijos eran demasiado pequeños como para combatir, pero aun así, no podía ser indiferente ante el dolor de las otras madres. Ni tampoco a la ruina de los asuntos que tras la muerte de su marido gestionaba ella sola. Por eso había apelado a su sobrina Isabel de Castilla, hija de su hermana, de igual nombre, una infeliz que vivía loca en el castillo de Arévalo. Era necesario que se encontrasen las dos, a solas, sin comitivas ni soldados. Solo tía y sobrina, sin testigos, para acabar con la guerra entre los dos reinos. Isabel accedió a la reunión en Alcántara, tierra de Castilla, arriesgándose a entrar sola por Extremadura para ir a su encuentro.

Ocho días después, las líneas generales del acuerdo estaban perfiladas y listas para el toque final de los juristas. Isabel confiaba en ella. Confiaba tanto que estaba a punto de entregarle a su hija mayor para que fuera criada junto al pequeño Alfonso, hijo y heredero de los príncipes portugueses, con la promesa de que un día se casarían. Por su parte, Beatriz selló este intercambio prometiendo la entrega a Castilla de su primogénito, que ahora sería sustituido por el más pequeño, Manuel. Usaban a sus propios hijos como garantía de la paz de los reinos.

Trató también de encontrar otra alternativa para la reina Juana, recordándole a su sobrina que habían sido otros los responsables de meter a la infeliz en aquella situación; le dijo que no era más que una niña manipulada por todos, de todas las formas posibles, e insistió en la indignidad que suponía retirarle los títulos que le pertenecían por nacimiento, pidiéndole que al menos le permitiera conservar el de infanta. Pero se echó atrás al darse cuenta de que Isabel era implacable a este respecto. Sospechaba que, en el fondo, se sentía la Usurpadora, como la declarara Juana públicamente de su puño y letra, y el mero hecho de la existencia de esta reina era para ella como una piedra que pesaba en su conciencia. Había desistido de interceder por Juana, aceptando la situación como un sacrificio necesario.

De regreso a la corte portuguesa, ante Alfonso V, había empleado todas sus dotes de persuasión, porque el melancólico rey parecía tener muchos escrúpulos, consciente de que consentía de este modo que desapareciese la legitimidad de su matrimonio, que había sido autorizado por bula papal, olvidándose así de que se había desposado con Juana públicamente, convirtiéndola en reina por partida doble. También permitió que se diese por sentado que nunca había sido su mujer durante los cuatro años de vida en común. Afortunadamente, contaba con el apoyo del príncipe Juan, y el rey, incapaz de enfrentarse a la elocuencia de su hijo, acabó por capitular. Firmó el Tratado de Alcaçovas, en el que reconocía a Isabel como reina de Castilla y en el que no quedaba nada para Juana.

Por ahora, Isabel de Castilla vigilaría el monasterio de Santa Clara día y noche, como un lobo que está a la espera de que llegue su oportunidad para saltar sobre su presa. Y el príncipe Juan no se quedaba atrás en astucia: Juana era un as en la manga que no dudaría en usar cuando llegara el momento.

—Madre, ¿cuándo partiré para Castilla? —repitió Manuel.

—Eso me gustaría a mí saber —respondió la duquesa—. Ya he informado a la reina Isabel de que está todo dispuesto. Ha quedado establecido que Moura pasaría a ser territorio sin bandera, donde la única jurisdicción será la mía. Aquí nadie puede hacer nada, ni Portugal ni Castilla. Y ahora que Juana ya está en el convento, no hay razones para más retrasos.

—Además, el príncipe Alfonso ya está aquí. Pobre Leonor, pobre hermana mía, madre, cuánto lloró al separarse de él.

—¡Manuel, no hagas dramas! —lo interrumpió Beatriz con aspereza—. Y ni se te ocurra repetir nada de eso cuando estés en la corte de Isabel y Fernando. Alfonso tiene cinco años, estará bien con su abuela. Como también lo estará la princesa Isabel. Pero tienes razón, no se podrá retrasar mucho más, el príncipe ya está cansado de este trasiego de mensajeros. La princesa Isabel está a dieciocho leguas de aquí, en Fregenal de la Sierra, y desde Navidad está esperando la orden para avanzar.

Esta vez fue Manuel quien interrumpió a su madre:

—Tal vez, en su lugar, venga la hermana recién nacida, Juana. Es lo que he oído.

Beatriz se impacientó.

—Los padres preferían que así fuera, porque adoran a la hija mayor, y probablemente les venía mejor casarla en breve, sin tener que esperar a que Alfonso sea mayor de edad, que es algunos años más joven que ella. Pero Juan ni siquiera quiso oír hablar de ello. Si Portugal coloca al futuro heredero como rehén, es importante que Castilla entregue a alguien de igual valor. Además, es a la princesa Isabel a quien Juan quiere ver un día como reina de Portugal.

—El príncipe Juan está enfermo, quizás un día Isabel sea la heredera de la Corona de Castilla y Aragón —añadió Manuel, orgulloso de su deducción.

—Hijo, cállate. Larga vida al príncipe Juan. —Manuel enrojeció, avergonzando. Había tantos secretos, tantas cosas que no se podían comentar, ni siquiera pensar—. Hay asuntos demasiado peligrosos como para ser reproducidos en palabras —justificó Beatriz.

—¿Puedo, al menos, preguntar por qué tarda tanto Isabel?

—Las guerras dejan heridas abiertas y la peor de todas es la desconfianza. La reina de Castilla creció mirando siempre por encima de su hombro, con miedo de ser apuñalada por la espalda; vivió, vive con miedo a beber el agua que le ofrecen, temiendo que esté envenenada. Ella y su hermano pequeño fueron arrancados de los brazos de su madre, llevados como prisioneros, y mi hermana se consumió por el disgusto y la aflicción, que se agravó cuando supo que su hijo había muerto. La reina Isabel puede tener un gran fervor religioso, pero no perdona a aquellos que cree, piadosamente, que hicieron enloquecer a su madre. Sé que no entendiste por qué se insistió en que Juana profesara... —Manuel aguzó los oídos; de hecho, no lo había entendido—. La reina de Castilla nunca perdonó la forma en que la trató la madre de Juana cuando estuvo cautiva en su corte. La humilló y, sobre todo, mantuvo a Isabel y a su hermano alejados de Arévalo, a pesar de las peticiones constantes para que los dejase ir a visitar a su madre, incluso sabiendo que su salud era tan frágil. —Si había sido así, a Manuel le pareció perfectamente justificado el odio, pero la duquesa lo reprendió—: Hijo, nunca decidas algo sin escuchar primero el otro lado de la historia. Hay siempre dos lados, y es necesario buscarlos, nadie te los ofrece. Tienes que entender también el punto de vista de la madre de Juana, mi cuñada. El rey Enrique era idiota y vacilante, tenía comportamientos muy extraños, cambiaba de ideas constantemente, era tremendamente influenciado. Se creyó los rumo-

res falsos, puso en tela de juicio el futuro de su única hija y heredera, y eso una madre no lo podía tolerar.

—Pero, madre, ¿los rumores son falsos?

—Ahora eso poco importa —respondió hábilmente la duquesa, volviendo a la relación entre la madre de Juana e Isabel—. Sabes que la reina Isabel es la madrina de Juana.

—¡La reina Isabel es la madrina de Juana! —exclamó Manuel poniéndose de pie en los estribos de la sorpresa—. ¿Cómo es posible que la madrina fuese ahora tan cruel con la ahijada?

—Desde ese día, pasaron muchas cosas. Isabel era mayor que su hermano y lo protegía con enorme determinación, pero no consiguió impedir que fuese utilizado por aquellos que querían destruir al rey de Castilla. Tu primo Alfonso era un poco mayor que tú cuando lo convencieron para proclamarse rey, lo adularon para que creyese que podía serlo. Y acabó traspasado por una espada. Fue Isabel quien le dio la noticia a mi hermana y, a partir de entonces, no volvió a tener un momento de verdadera lucidez. E Isabel se quedó profundamente sola.

—Mi ayo me contó que Alfonso no sabía manejar la espada, nunca le habían enseñado porque temían que se hiciera daño. ¿Existe disparate mayor que ese? Cuando yo prefiero los libros, porque hace mucho calor para la esgrima, mi ayo me habla de él, me dice que los libros son muy bonitos, pero ¡ay de un caballero que no empuñe la espada mejor que la pluma!

Beatriz sonrió.

—Un problema que ninguno de mis hijos ha tenido, ni tu querido padre, que en paz descanse, lo permitió. Para mi intranquilidad, tanto a ti como a Diego os gustan demasiado las espadas.

Manuel se sintió entusiasmado. Un día iría a África para continuar la cruzada contra los moros con el mismo fervor de su padre. No se acordaba de él —tenía apenas un año cuando murió—, pero no había un día en que no pidiera que le contaran historias de su valentía y bravura, y había siempre alguien dispuesto a hacerlo, porque eran muchas y muy emocionantes. Partiría a la cruzada en cuanto tuviera edad, de pocas cosas estaba tan seguro.

—Si vas a vivir en la corte de los reyes de Castilla —continuó hablando Beatriz—, es mejor que sepas un poco más sobre esta turbulenta sucesión. No para que la comentes, Manuel, sino para que entiendas

lo que te dicen y lo que ves. Después de la muerte del pequeño Alfonso, cuando la guerra civil segaba vidas, el rey Enrique IV acordó encontrarse con su hermanastra Isabel. Estaba desgastado por los rumores sobre su hija, cuya paternidad atribuían a uno de sus mejores amigos.

—Por eso la llamaban Juana la Beltraneja, porque decían que era hija de Beltrán de la Cueva —se adelantó Manuel.

—Rumores, despreciables rumores nada más. Pero, como te decía, fue en esa situación de fragilidad en la que, en Guisando, Isabel aceptó el vasallaje a Enrique IV y, a cambio, Enrique la nombró su sucesora. Con eso, revocó todas las decisiones anteriores, incluso el juramento en Cortes que otorgaba ese derecho a Juana.

—A Juana la Beltraneja.

—¡Manuel, ese nombre no se puede repetir! Es un insulto. —Si la madre lo sabía con tanta certeza, entonces ¿por qué la habían despojado de todos sus derechos?, pensó Manuel una vez más, pero Beatriz pareció leer sus pensamientos y atajó—: Eres demasiado joven para entender determinadas circunstancias. En la corte castellana solo te referirás a Juana cuando los reyes te pregunten directamente por ella. Y, en ese momento, la tratarás simplemente como Excelente Monja, ¿has entendido?

A Manuel le pareció todo muy injusto, pero repitió nerviosamente las órdenes de su madre. Esperaba que no se le olvidaran, no quería meter la pata y, en caso de duda, lo mejor sería guardar silencio.

Su madre no perdió el hilo de lo que le estaba contando:

—Cuando Enrique IV intentó dar marcha atrás en su compromiso, Isabel mostró la pasta de la que está hecha. Le estaba permitido casarse con quien quisiera y por eso rechazó, al menos, tres matrimonios propuestos por el rey, que tenían como objetivo alejarla del reino. Lo que ella no podía hacer era casarse sin autorización real. Pero decidió ignorar esa cláusula y se desposó por propia iniciativa con Fernando de Aragón, al ver en ese reino un apoyo en su lucha por el trono. El rey Enrique se enfureció y decidió volver atrás para nombrar de nuevo a Juana como su heredera, pero ya nada podía detener a Isabel. El día en que Enrique IV murió, se proclamó reina de Castilla. Hoy son reyes de Castilla, de Aragón y de Sicilia, la pareja más poderosa que se recuerda. Aliados en una misión divina, la de unir sus reinos bajo una única Corona y una única fe, reconquistando para ello Granada, y manteniendo la paz con sus vecinos. Pero esta paz, Manuel, es toda-

vía muy frágil. El Tratado de Alcaçovas, con este acuerdo de tercerías, es nuestra gran esperanza. Para el reino de Portugal, y también para la Casa de Viseu y Beja, porque con esta guerra estábamos perdiendo nuestros negocios en Madeira, en Azores, en Cabo Verde y, sobre todo, en Guinea, que los castellanos ahora han acordado no disputar con Portugal. Por todo esto, Manuel, tu marcha es fundamental. Vas a servir al rey, al príncipe y a tu familia.

Manuel se sintió verdaderamente importante. Así sería. Y se olvidó por completo de su petición del halcón peregrino.

* * *

La princesa Isabel, con la trenza larga cayéndole por la espalda, dio una vuelta sobre sí misma, agarrándose el vestido con la mano para no tropezar. Sus pequeñas damas, que, como ella, no tendrían más de diez años, la rodearon, entre risas y carcajadas.

—Parad, parad, Isabel, u os caeréis al suelo mareada —fingió que la regañaba Beatriz de Bobadilla, que insistió en acompañar a la princesa hasta Portugal. La reina Isabel de Castilla no esperaba otra cosa de su mejor amiga.

Isabel se detuvo, apoyándose en los hombros de una de sus amigas y, jadeando, sonrió a Beatriz:

—Con el frío que hace, si no bailamos, nos congelaremos. ¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos en el castillo de Fregenal?

Beatriz se dirigió a ella mostrándole una carta e Isabel reconoció inmediatamente el sello de su madre.

—¿Es para mí? —preguntó, y sin esperar la respuesta se la arrebató de las manos, al tiempo que buscaba uno de los bancos de piedra junto a la ventana para sentarse a leerla.

Ninguna de las otras damas se acercó a ella y en la sala se instaló el silencio.

Isabel había dejado a su madre hacía casi tres meses, después de un largo y doloroso abrazo, un abrazo que se volvió todavía más doloroso e intenso cuando le tocó el turno a su padre. Había sido hija única durante ocho años. El nacimiento de Juan la desbancó del puesto de heredera, jurado en las Cortes de Madrigal de las Altas Torres, pero era imposible sentir celos de un hermano tan cariñoso, que además la seguía como un cachorrito enamorado.

Abrió la carta apresuradamente, sin preocuparse de las astillas del lacre, y al desdoblar el pergamino sintió el consuelo de la letra de su madre, tan firme y segura. No conocía a ninguna mujer tan fuerte como ella. Nadie la conocía.

Frunció el entrecejo. Ya había dicho Beatriz que su madre se pondría furiosa cuando supiera que el príncipe Juan de Portugal renunciaba a sustituirla por la pequeña Juana, y aquí estaba la prueba. Su madre le decía que se sentía muy desilusionada por no poder volver a verla tan pronto como habían imaginado. Ella nunca había visto a su hermana, nacida ya después de su partida, pero le parecía absolutamente lógico que fuera esa niña todavía sin voluntad —ni nostalgias— la que se entregara a la duquesa de Viseu y Beja. Y, también, para casarse con el príncipe Alfonso, a quien le venía mejor una esposa más joven, antes que una mayor como ella. Pero Portugal quería a la primogénita, le decía su madre, elogiándola: «Probablemente ya han oído hablar de tu belleza y de tus encantos». Sabía que poseía encantos, muchos, algo que, por cierto, le repetían constantemente, y cuando se miraba al espejo reconocía que se parecía a su madre, de quien había heredado la fuerza, la belleza y la determinación. No era vanidad, sino una constatación legítima, pensó, dando el asunto por zanjado.

Su madre le confirmó que era necesario partir sin demoras. El príncipe, impaciente porque las negociaciones se retrasaban, había enviado dos documentos a través de los embajadores castellanos. En uno decía «Paz» y en el otro «Guerra», que decidiesen deprisa lo que les convenía, pues estaba listo para cualquiera de las respuestas. «El Hombre», que era como su madre se refería a él en la intimidad, era un arrogante peligroso. La infanta se puso de pie, llamó a las damas y anunció:

—Hay que disponerlo todo, tenemos que partir.

Beatriz de Bobadilla la miró con orgullo, y esa aprobación sirvió para levantarle el ánimo. Isabel le pasó la carta, señalando discretamente el último párrafo, donde la reina indicaba que llevase con ella al médico Lucena para que valorase la verdadera naturaleza de la enfermedad del duque Diego y le enviase sus conclusiones lo más deprisa posible. Temía una trampa. Beatriz sujetó el rostro de Isabel entre sus manos, con ternura:

—Sabéis que no puedo quedarme con vos, porque mi lugar está junto a la reina. Pero os pido que confiéis en la duquesa, vuestra tía

Beatriz. Vuestra madre tiene plena confianza en ella, nunca os entregaría a alguien que no fuese totalmente digno de su confianza. Preparaos porque siempre habrá alguien que quiera minar vuestra fortaleza, pero no os dejéis. Nos quieren inseguros, porque inseguros somos más débiles. Crecisteis entre sobresaltos y guerra, huimos de castillo en castillo, los amigos se convirtieron enemigos, es inevitable que nos sorprendamos dudando incluso de nuestra propia sombra. Pero esos tiempos han quedado atrás y, gracias a vuestro sacrificio, la paz volverá a estos dos reinos. Esa es la causa de fuerza mayor por la que vuestra madre os pide que os alejéis de ella. Que sirváis a Castilla como ella lo hace.

Los ojos de Isabel se humedecieron, se hicieron más expresivos, y Beatriz ocultó su emoción. Eran tan grandes los ojos de esta niña, con tanta capacidad de amar, pero también de odiar. Tan intransigentes, a veces. Eran iguales a los de su madre.

Pero su amor por la reina Isabel no le impedía reconocer sus errores y temer que su determinación fuese cruel, sobre todo, cuando los celos la cegaban. No se olvidaba de cómo recibió a los soldados que huían de la batalla de Toro, entablada contra Portugal por orden del rey Fernando. Mandó que los asaetearan a todos, impidiendo que se aproximaran al castillo, «para que todos sepan cómo se recibe a los cobardes en Castilla», proclamó su amiga y señora. También se vengaba así de la información que acababa de recibir: el rey era padre de una hija ilegítima, nacida en Aragón.

Pobre Isabel, se odiaba por esta debilidad, por aquello que los celos la obligaban a hacer: despedía a las damas, rechazaba al marido en su lecho con un grito espantoso que se escuchaba en todo el palacio. A cuántas escenas como esta había asistido la pequeña Isabel, que veía cómo su madre, tan segura y poderosa, se transformaba en un ser banal, ciego de rabia. Pero lo que la infanta también veía era la extraordinaria capacidad que su padre poseía para apaciguar a su mujer, para acogerla en sus brazos, para consolarla, para reavivar su pasión por él, porque, independientemente de su naturaleza, nadie dudaba de su amor por la reina.

¿Qué efecto tendría todo aquello en la mujer en la que se estaba convirtiendo la pequeña Isabel? Esperaba que su ejemplo le sirviese de algo, feliz en un matrimonio infinitamente más sereno. A los cuarenta años, Beatriz era madre de ocho hijos y su marido la trataba con

delicadeza y cuidado, e incluso aceptaba que primero sirviera a la reina antes de servirle a él. Echaba de menos a Andrés. Estaba preocupada. No podía confesárselo a nadie, pero las prisas por regresar a Castilla se debían a las noticias que había recibido. Andrés le contaba que el envío de fray Hernando de Talavera al acto en el que Juana la Beltraneja había profesado también había tenido por objetivo alejarlo momentáneamente de la corte. Los reyes, presionados por quienes envidiaban los puestos y el poder de los judíos conversos en la administración pública y en la corte, habían conseguido extorsionar al papa para lograr autorización para instituir la Inquisición en España, nombrando directamente a dos dominicos para ponerse al frente de la caza de herejes. Talavera no estaba de acuerdo con las persecuciones y las hogueras en nombre de Dios, ni con el fanatismo de los recién nombrados. Se llevaría una enorme sorpresa a su vuelta.

Por ahora, no se perseguía a los judíos, solo a los judíos convertidos al cristianismo, alegando que solo lo habían hecho por oportunismo y acusándoles de querer trepar en la escala de poder mientras continuaban practicando su antigua fe. También les achacaban que de este modo corroían por dentro a la Santa Madre Iglesia, incitando a otros a seguirlos. Era necesario cortar el mal de raíz, descubrirlos, denunciarlos, eliminarlos.

Beatriz respondió a su marido, en una carta de cifrado doble porque todas las cautelas eran pocas, pidiéndole que no volviera a tocar el asunto. Estaban cerca de los reyes, no había otros más cercanos que ellos, eran leales servidores y católicos practicantes, conversos sí, pero esa guerra no iba con ellos. Ni con sus familiares y amigos, que hacía tanto tiempo habían abrazado la verdadera fe, tanto que ya nadie se atrevería a dudar de su sinceridad. Pero estaba inquieta. Contempló la lluvia que golpeaba las ventanas; llovía desde hacía semanas. Ojalá consiguieran hacer el viaje, pensó. Era urgente entregar a Isabel a Beatriz y regresar lo más deprisa posible.